

# UN INTELECTUAL ASISTE A MISA

*Joaquín M.<sup>a</sup> Carretero, S. I.*

## PRIMERAS ORACIONES

**E**n el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén. Yo, pensador, me confieso a Dios. ¡Señor, he pecado! Y por ello no soy digno de participar en este Sacrificio tuyo. Yo, el pensador, el intelectual, que tengo como profesión buscar la luz y dar la luz, he pecado, precisamente, contra la Luz, contra Tí, Dios de la luz, Luz del mundo.

¡Señor, envíame tu Luz, tu Verdad! Porque sólo ella es capaz de conducirme hasta Tí, a través, a pesar de mis tinieblas de pensamientos humanos, que tantas veces tratan de apagar esta luz interior, tuya y mía, del fondo incansable de mi alma.

## KYRIES Y GLORIA

Una vez más, Señor, ¡ten misericordia de mí! Y cuando tu Luz me inunde, cuando yo sea de verdad hombre de la luz, verdadero intelectual, podré cantarte el "Gloria a Dios en las alturas". Te alabaré, Dios mío, y no me parecerá humillante emplear mis cinco sentidos y mi razón en alabarte, reverenciarte y servirte. Mi fe dignificará a mi razón, y la gloria que

mi entendimiento te rinda, será también gloria mía, gloria de mi pensar y entender iluminados por esta Verdad superior que eres Tú, desencadenados de la limitación del pensar puramente humano.

## EVANGELIO

Vuelves a insistirme, Jesucristo, Verdad Eterna. La revelación de tu Verdad la has reservado para los humildes, para las almas sencillas que se han entregado, con fe ciega, a tu enseñanza. Y, en cambio, la niega a los que nos preciamos de sabios, de intelectuales.

¡Qué ignorante soy y qué rudo me encontraba ayer al lado de aquella viejecita que, cerca de tu Sagrario, te pedía con fe ardiente la curación de su nietecito! Ella te conocía bien y yo aún no sé cuáles son tus pensamientos.

Pero ahora lo voy comprendiendo todo. No tengo que negar mi razón, ni apabullar y ahogar mis reflexiones humanas. Sólo se me pide tener la humildad suficiente para colocarlas en



el sitio que les corresponde: debajo de Tí, de la Verdad divina que me has dicho en tu Evangelio y me dices continuamente por boca de tu Iglesia. Así seré “pequeño” yo también y podré percibir la Verdad que revelas a los pequeños.

#### CREDO

¡Creo, Señor, por todos mis hermanos los intelectuales que no creen!

Tal vez por un espejismo de su ciencia, han pensado que el Credo humillaría y borraría su saber. Celosos vigilantes de su ciencia humana, su buena voluntad de servicio a la verdad no ha sabido abrirse a la Verdad entera. Y, engañados, se quedaron a mitad del sendero, ignorando tantas razones que les interesaban para dilucidar infinitas y oscuras problemáticas.

¡Cuántas citas en nuestras obras! Basta que tal o cual pensador, filósofo o sabio haya dicho algo, para que nosotros nos apoyemos en su autoridad y traigamos su nombre y sus palabras a nuestras páginas.

¡Cuánta fe en la autoridad —más o menos consistente— de los hombres de ciencia! Y ¡qué evidente es ya para mí que el hombre tiene, por esa misma actitud suya, una honda exigencia de la Fe, es decir, de apoyarse en la autoridad de Dios!

¡Señor, creo! Es decir, me fío plenamente de tu palabra, porque Tú tienes autoridad en el campo del saber. No eres un gran “hombre de ciencia”; eres un “Dios de ciencia”. Y esos misterios enormes —Trinidad, Encarnación, Redención, Iglesia, Cuerpo Místico, Resurrección, Juicio, Vida eterna— tienen para mí —profano en la ciencia de Dios— todo el peso de tu autoridad. Tú lo has dicho: creo, Señor.

#### OFERTORIO

Aquí están, sobre la patena santa, unidos a esa hostia de pan blanco y

ázimo, mi vida, mis estudios, mi actividad profesional. Contigo, junto a Tí, Jesucristo, tienen que ser hostia —víctima de sacrificio— ofrecida al Padre.

Yo me siento miembro de tu Cuerpo Místico y con él me ofrezco a Dios. Y mi situación de hombre del pensar tiene que ser un sacrificio también. He de sacrificar mis horas al estudio serio y profundo. He de sacrificar mis prejuicios doctrinales en la búsqueda sincera de la verdad. He de saber también sacrificar mi tranquilidad y, tal vez, una amistad productiva, a la noble tarea de decir —desde mi atalaya de pensador, de profesional, de filósofo— la verdad entera, desnuda, sin compromisos.

#### MEMENTO DE LOS VIVOS

Al ofrecerte, Señor, al Padre, sobre el altar, por la Santa Iglesia y por todos los vivos, tengo que hacer mi petición.

Porque me sobrecoje, me atolondra y me espanta la difícil situación en que me encuentro, en que nos encontramos los que formamos el frente intelectual.

¡Señor! Nuestros hombros se sienten caídos bajo el fardo de la responsabilidad que has puesto sobre nosotros. Tenemos misión de luz, de guía, de ejemplaridad, de ir delante, de abrir caminos... Y, sin embargo, caemos a cada instante. Nos cuesta humillar nuestro entendimiento, nos cuesta obedecer a tu Iglesia, aunque la llamamos “Nuestra Madre”.

¡Señor! Para mí, para todos los que en la vanguardia del pensamiento tenemos que ser luz y ejemplo: tu gracia, tu aliento, tu fortaleza. Que seamos plenamente intelectuales y plenamente católicos. Que no robemos al intelectual lo que pongamos al católico; ni robemos al católico lo que pongamos al intelectual. Que sepamos encarnar esa magnífica *unidad* de intelectual-católico. Que no separemos lo que Dios ha unido.

¡Acuérdate, Señor!

## CONSAGRACION

La Misa ha dejado de ser para mí el Incógnito X: algo frío y ritual, a que no había más remedio que asistir, bajo pena de condenación. Cuando, sin respetos humanos, a mis 40 o más años, me he puesto a rellenar la brecha enorme de mi falta de formación religiosa, mis estudios de Teología me han abierto las puertas del Misterio de la Misa.

Ya sé, Señor, que estás presente sobre el altar. Tú, en una noche inolvidable de desinterés y de amor, has dado a tus sacerdotes este tremendo poder de traerte cada día al mundo. Y sé también que en esa presencia imponente tuya, bajo las apariencias del pan y del vino, así, separadamente, has querido renovar, re-producir, tu sacrificio del Calvario. El mismo sacrificio, la misma víctima y el mismo sacerdote, pues el que veo, está en tu lugar, haciéndolo todo en Nombre tuyo. Y también los mismos efectos.

Pero ahora, Señor, es hora de silencio, de adoración a un Dios, presente y sacrificado en el altar, misteriosamente, pero realmente. Me callaré y con fe íntima contemplaré este misterio que tengo delante.

## COMUNION

¡Cuántas veces, Dios mío, he contemplado el afán con que mis hijos —los parvulitos de tu Evangelio— se acercaban a la Comunión! Cosas de niños, de ignorantes, pensé alguna vez.

Hoy mis hijos son hombres y son buenos cristianos y vienen, con frecuencia, a recibir tu Santísimo Cuerpo. Fué su santa madre —esa mujer buena, sin intelectualidad, que destinaste a ser mi compañera— la que los ha educado. El bello ejemplo de esta mujer, de esta madre, me ha enseñado más que toda mi brillante biblioteca de intelectual.

Y yo me he acercado también a Tí, te he hambreado, como mis hijos hoy y entonces. Veo que necesito incorporarme a tu Cuerpo místico; siento la necesidad de creerte más y de amarte más; tengo un ansia infinita de inmortalidad. Y por eso vengo a comulgar, a comerte (tremendo misterio) para que me transformes en Tí.

Señor: yo no soy digno... Pero te necesito, te necesito; de veras. Así participaré de este sacrificio que acabas de hacer al Padre en mi presencia, por mi salvación y la de todo el mundo. Así me aplicaré los frutos del sacrificio tuyo del Calvario, que cada día reproduces en el altar.

## BENDICION Y ULTIMO EVANGELIO

Después de darte gracias por tanto beneficio, una última palabra. Como hijo pródigo de los caudales de luz que habías depositado en mis manos (la ciencia es tuya), he vuelto a Tí. Tú me has abrazado contra tu Corazón de Padre y has olvidado las noches extraviadas de mi mente. Me has alimentado con lo mejor de tu Casa, con el cuerpo de tu Hijo, para que en el camino que cada mañana empiezo a andar, no desfallezca. Gracias, Señor.

Y antes de partir a la dura tarea cotidiana del libro y de la pluma, del Archivo, de la Biblioteca o el Colofón, quieres, como Padre, darme tu bendición alentadora, como un presagio de esperanzas buenas. Una vez más: ¡gracias!

“En el principio era el Verbo...”

“El era la Luz verdadera que al venir al mundo ilumina a todos los hombres... Pero el mundo no le conoció...”

Mi vida de luz tienes que ser Tú. Señor, si pequé contra la Luz, dispuesto estoy a servir a la Luz, a la Verdad, a tu Evangelio, a tu Santa Iglesia. Amén.